

sola actitud bastara para tranquilizarlos, se adelantaban con el estremecimiento de una juvenil y bulliciosa bizarria. Les era forzoso cruzar una ondulacion bastante marcada del terreno, y más allá descubrirían numerosos escuadrones, apoyados por infantería ligera y por artillería montada. Sin sorprenderse recibieron las primeras balas. Tiradores escogidos cruzaron el terreno ondulado, y obligaron á retroceder á los tiradores enemigos. Se les siguió luego, se bajó á lo hondo de la ondulacion aquélla, se pasó al otro lado, y después desembocóse en muchos cuadros por la llanura, y se hizo contra el enemigo un vivo fuego de artillería. Tras de algunos cañonazos, arrojóse la division de caballería de Landskoy sobre nuestros cuadros al galope. Crítico era el instante. El anciano é intrépido Souham, el heroico Ney, los generales de brigada, se situaron cada uno dentro de un cuadro, para sostener su infantería, no acostumbrada á espectáculo semejante. Dada la señal, un fuego de fusilería ejecutado oportunamente acogió á la caballería enemiga y atajóla el empuje. Sorprendidos nuestros jóvenes soldados de que esto fuese tan poco, aguardaron un nuevo asalto, lo recibieron mejor todavía, y sembraron de jinetes de Landskoy la tierra. Deshaciendo Ney acto continuo los cuadros y formándolos en columnas, arrolló al enemigo por delante. De felicitaciones colmó á sus bravos reclutas, que llenaron los aires con repetidos gritos de *viva el emperador!* Detrás de los rusos metieronse en Weissenfels, los expulsaron de este punto decisivo, y lo señorearon á la caída de la tarde. Ney, que desde su juventud no había peleado nunca al frente de soldados tan bisonios, se apresuró á escribir á Napoleón y á expresarle su alegría y su confianza en la forma siguiente: «Estos muchachos son heroes; con ellos haré cuanto queráis.»

Formando la cabeza de la columna del príncipe Eugenio había entrado el mariscal Macdonald en el mismo instante en Merseburgo, y mezclado sus vanguardias con las del mariscal Ney. Fuertemente ocupados por el general prusiano Kleist había encontrado los puentes de Halle el general Lauristón, que le seguía. Según se debe hacer memoria con referencia á uno de los actos heroicos del infortunado general Dupont en la campaña de 1806, estos puentes se extienden sobre muchos brazos del Saale y son de imposible conquista á no hallarse en manos de una tropa desmoralizada. Ya no era este el estado del espíritu de los prusianos, á quienes inflamaba un noble patriotismo, una especie de desesperación nacional. Ellos ocupaban los puentes de Halle con infantería y una artillería numerosa; y el general Lauristón no insistió en forzar una posición que se iba á echar abajo al día siguiente con rebasarla.

Al leer Napoleón los partes de sus generales, participó de su alegría, y escribió á Munich, á Stuttgart, á Carlsruhe, á París, para contar las proezas de sus reclutas. Al día siguiente, 30, salió de Eckartsberg y fué á pernóctar é Weissenfels.

Habiéndose efectuado su unión con el príncipe Eugenio junto al bajo Saale, pensó naturalmente en sacar la ventaja que de esta unión se había prometido, la de desembocar en masa en las famosas llanuras de Lutzen, correr hacia Leipsick en una fuerte columna, cruzar el Elster por este punto, y ejecutando después un movimiento de conversión con la izquierda por delante,

marchar sobre los coligados y arrinconarlos sobre las montañas de Bohemia. No teniendo bastante caballería para las exploraciones, pues la que tenía á la mano se hallaba forzosamente enclavada en la infantería, de miedo de ser anonadada, no entreveía más que incompletamente los proyectos del enemigo. Pero muchos reconocimientos, muchos informes interpretados con su facultad ordinaria de adivinación, le pusieron al corriente de que los prusianos y los rusos afluían sobre su derecha, y se hallaban por tanto entre su huete y las montañas sobre el alto Elster, que era el curso de agua que debíamos encontrar después de cruzar el Saale. Así el plan de Napoleón ofrecía aún las mayores probabilidades de buen éxito, y resolvió avanzar desde Weissenfels á Lutzen, para dirigirse desde este punto á Leipsick en masa cerrada, y pasar por allí el Elster. Sin embargo, no pudiendo marchar por una sola vía con cerca de doscientos mil hombres, envió por el camino real de Lutzen á Leipsick al mariscal Ney, á la guardia, y al mariscal Marmont. Para flanquear á la derecha esta columna, que era la principal, ordenó al general Bertrand y al mariscal Oudinot, dejados sobre el alto Saale, que desembocaran de Naumburgo sobre Stossen. Para flanquearla á la izquierda, ordenó al príncipe Eugenio que desembocara de Merseburgo y se trasladara con todas sus fuerzas hacia Leipsick por el camino de Mackranstaedt. Arrancando así estos diversos cuerpos del Saale, á tres ó cuatro leguas unos de otros, convergían todos hacia el punto común de Leipsick.

Prescritas estas disposiciones, para que se ejecutaran al día siguiente, 1.º de mayo, se ocupó en la organización de sus tropas, y en particular de la guardia imperial, cosa que le acontecía á menudo durante esta marcha. Cuatro batallones le llevaba el príncipe Eugenio de la vieja guardia, dos de la joven, y además cierta porción de caballería y artillería perteneciente á este cuerpo de preferencia. Es cuanto se pudo recoger de los restos de Moscou. Cuidado había el príncipe Eugenio de su descanso y de su equipo. Napoleón juntó los cuatro batallones de la vieja guardia á los dos que tenía consigo, y tuvo seis por este medio. Agregó los dos de la joven guardia á los catorce de la division de Dumontier, que llegó á contar diez y seis de este modo. De igual manera procedió respecto de las demás armas, y elevóse la guardia de resultas á diez y siete ó diez y ocho mil hombres, sin contar las otras divisiones que se acababan de organizar á las espaldas. Dejó al príncipe Eugenio los cuatro mil jinetes remontados que el general Latour-Maubourg había ido á recoger á Hannover, y que unidos á la caballería de la guardia formaban la única de á caballo capaz de ejecutar un ataque en línea.

Al día siguiente 1.º de mayo montó á caballo desde muy temprano, teniendo á su lado á los mariscales Ney, Mortier, Bessieres, Soult, Duroc y á Mr. de Caulaincourt. Por sus propios ojos quería gozar del espectáculo que había encantado al mariscal Ney dos días antes, el de nuestros reclutas aguantando alegre y sólidamente los asaltos de la caballería enemiga.

Aunque muy unida esta llanura de Lutzen, presentaba como todas algunos accidentes de terreno. Al salir de Weissenfels se hallaba una corriente, llamada el Rippach, como una aldea por donde cruza, siendo su curso bastante largo y su lecho bastante hondo. Desde por

la mañana marcharon allá las tropas de Ney con confianza, dispuestas en cuadros entre los cuales estaba la artillería, y precedidas de numerosos tiradores. Llegadas á orillas de la corriente rompieron los cuadros para pasarla, y superado el obstáculo volvieron á formar los cuadros y avanzaron disparando cañonazos. Siempre era la division de Souham la que marchaba delante y en actitud excelente. En el momento en que operaba su despliegue, el mariscal Bessieres, que por lo común mandaba la caballería de la guardia, y por esta razón no se debía hallar en aquel punto, si bien quiso seguir á Napoleón, se dirigió algo á la derecha, á fin de observar mejor el movimiento del enemigo. De pronto, rompiéndole una bala el puño con que tenía la brida del caballo, le atravesó el pecho y le derribó á tierra. En un instante había pasado de la vida á la muerte. ¡Era la segunda vez que caía al lado de Napoleón este hombre bizarro! La primera fué en Wagram, donde le dió una bala, de la cual solamente quedó contuso; ahora había muerito de golpe. ¿Acaso significaba esto que se disipaba nuestra dicha, ó que después de avisarnos la fortuna en 1809, nos hería al cabo en 1813? A pesar de la general confianza que inspiraba el ímpetu de las tropas, en más de un corazón penetró este sentimiento doloroso. Bessieres, jefe de la caballería de la guardia, elevado por Napoleón á mariscal y á duque de Istria, era un hombre denodado, vivo como los gascones sus compatriotas, y anhelante por hacerse valer como ellos, pero agudo, sensato, y con temple de alma para decir á Napoleón verdades útiles á menudo, y no en forma de pasajeros arranques, sino con bastante seriedad y concierto. Napoleón le amaba, le estimaba, se mostró sinceramente dolorido, y después de pronunciar estas palabras: *La muerte se nos aproxima*, empujó su caballo adelante para ver marchar sus reclutas, mientras se llevaban á Bessieres envuelto en una capa. Experimentó la misma satisfacción que Ney dos días antes. Vió á sus reclutas asaltados por reiteradas cargas de caballería rechazándolas con buen humor imperturbable, y derribando delante de sus filas á trescientos ó cuatrocientos jinetes enemigos. Acabóse esta jornada de Lutzen con gozo por lo que se vió hacer á nuestros soldados, y con tristeza mayor de lo que se decía por la muerte del mariscal Bessieres, en que muchas personas se obstinaban en descubrir un presagio. No obstante, hacía magnífico tiempo y estaban animadísimas las tropas: todo sonreía al parecer de nuevo, así la naturaleza como la fortuna. Napoleón fué á visitar el monumento de Gustavo Adolfo, herido en esta llanura, á semejanza de Epaminondas, en el seno de la victoria, y dispuso que también se erigiera otro monumento al duque de Istria, muerto en los mismos lugares. Le dedicó algunas hermosas palabras en el boletín del día, y escribió á su viuda una carta propia á envanecer una familia y á consolarla tanto como consuela la gloria.

Al día siguiente, 2 de mayo, día memorable, uno de los últimos favores concedidos por la fortuna á nuestras armas, se levantó Napoleón á las tres de la madrugada para dictar sus órdenes y escribir una porción de cartas. Sólo tenía que andar cuatro leguas para ir á Leipsick y cruzar el Elster. Por las revelaciones de los espías, más explícitas que los días anteriores, se sabía que los rusos y los prusianos continuaban su movimiento sobre nues-

tra derecha; que yendo por detrás del Elster, se habían remontado hasta Zwenkau y Pegau, aparentemente para buscarnos donde no estábamos, esto es, por el camino más próximo á las montañas. Ante esta noticia confirmóse Napoleón en la idea de ir sobre Leipsick en masa, y de caer acto continuo sobre el flanco del enemigo, y con el fin de realizar la tal idea, arregló sus movimientos con una profundidad de prudencia, que, á vueltas de las incertidumbres en que se hallaba por falta de caballería, le proporcionó el más brillante y merecido triunfo. Llegado el príncipe Eugenio á Mackranstaedt en el curso del día, tenía el paso sobre el cuerpo de batalla, y se le dejó Napoleón para que se pudiera trasladar á Leipsick sin demora. Le previno que enviara el cuerpo de Lauristón directamente sobre Leipsick y que después dirigiera á Macdonald hacia la derecha sobre Zwenkau, punto donde se debían encontrar los destacamentos más avanzados del enemigo, y recomendóle que personalmente se mantuviera entre Lauristón y Macdonald, con la division de Durutte, la caballería de Latour-Maubourg y una fuerte reserva de artillería á fin de correr en socorro del que se hallara en mayor apuro. Napoleón se aprestó á seguirle con la guardia para ayudar al que más lo necesitase. Pero recelando, con una previsión de que sólo era capaz su mente, que durante este movimiento sobre Leipsick intentasen los coligados reunirse en masa sobre su derecha, cabiendo en lo posible que hubieran remontado el Elster para cogerle de flanco, retuvo á Ney con sus cinco divisiones en las cercanías de Lutzen y le estableció en un grupo de cinco aldeas; siendo la principal de ellas la que se denomina Kaja, y se halla situada una legua más arriba de Lutzen á orillas del Floss-Graben, canal de riego que cruzaba toda la llanura entre el Saale y el Elster. Apostado Ney en este punto con sus cinco divisiones debía formar un sólido eje en torno del cual íbamos á ejecutar nuestro movimiento de conversión. Quedaban Marmont, Bertrand, Oudinot, marchando detrás del ejército, y hallándose Marmont á orillas del Rippach, Bertrand algo más á la espalda y Oudinot junto al Saale mismo. Napoleón ordenó á Marmont y Oudinot que cruzasen sucesivamente el Rippach y se alinearan á la derecha de Ney para socorrerle ó ser socorridos, si de pronto eran atacados por el contrario, y trasladarse en seguida todos juntos hacia el Elster, entre Zwenkau y Pegau, dado caso de que no encontraran á nadie. Ney se hallaba de consiguiente sobre el punto sólido en torno del cual iba á girar una mitad del ejército, ínterin avanzando la otra entraría en Leipsick y operaría el movimiento de conversión que nos debía colocar sobre el flanco del enemigo. Con tales precauciones, cuya profunda sagacidad se verá en breve, casi no había que temer formal peligro, ejecutando delante de un ejército de más de cien mil hombres una operación delicada por extremo, bien que necesaria si se querían alcanzar resultados de bulto. Entre amigos y enemigos nos presentábamos cerca de trescientos mil combatientes á cuatro ó cinco leguas unos de otros.

Dictadas estas providencias con indicación precisa á cada jefe de cuerpo del fin á que se propendía y de la conducta que se debía seguir en todas las eventualidades, se puso Napoleón á dictar cartas en seguida, no queriendo montar á caballo hasta las nueve ó las diez de la mañana, porque sólo entonces era cuando cada



cual debía estar en marcha hacia su destino. Escribió al anciano duque de Valmy sobre la composición de ciertos batallones; al general Lemarois, enviado al gran ducado de Berg, sobre los depósitos de caballería que se encontraban en su distrito; al príncipe Poniatowski sobre la unión de los dos ejércitos del Elba y del Mein, y sobre su marcha ulterior; al mayor general sobre someter á juicio al gobernador de Spandau, que había capitulado; á otros muchos personajes, finalmente, sobre una porción de objetos, y con especialidad al duque de Rovigo sobre la manera de hablar de los sucesos militares, en un momento en que la opinión desconfiada acogía menos fácilmente que nunca las aserciones del gobierno, y terminaba con estas notables palabras: «*Verdad, sencillez*, he aquí lo que hoy se necesita.»

Después de dictar de este modo con perfecta libertad de espíritu una porción de cartas, partió á las diez de la mañana y seguido de un escuadrón de la guardia corrió hacia Leipsick, de donde distaba cuatro leguas tan sólo. Entre el número de oficiales de alta graduación que iban en su compañía se contaba el mariscal Ney, llegando allí para ver por qué lado descargaría la tempestad, que según las apariencias, se agrupaba alrededor de nosotros. Media hora bastaba al mariscal para volver al galope á su cuerpo, si la tempestad caía sobre las cinco aldeas cuya custodia tenía á su cargo. En este momento, cortando el mariscal Macdonald delante de nosotros el camino de Leipsick de izquierda á derecha, se adelantaba sobre Zwenkau, ínterin el general Lauristón avanzaba de Mackranstaedt á Leipsick por la izquierda. Con la reserva que Napoleón le había formado, consistente, según hemos dicho, en la división de Durutte y en la caballería de Latour-Maubourg, se hallaba el príncipe Eugenio sobre el mismo camino de Leipsick pronto á llevar socorros al mariscal Macdonald ó al general Lauristón. Toda la guardia seguía en masa hacia Leipsick al príncipe Eugenio. Después de cruzar estas numerosas columnas, que le saludaban con los repetidos gritos de ¡viva el emperador!, llegó Napoleón delante de Leipsick para ser testigo del espectáculo más animado.

Con efecto, allí eran muy vivos el fuego de fusilería y el cañoneo. El intrépido Maisón, jefe de la primera división del cuerpo de Lauristón, atacaba tan resuelta é inteligentemente como solía á la ciudad de Leipsick, defendida por el general Kleist con la infantería prusiana. Según se sabe, yendo de Lutzen preceden á la ciudad de Leipsick terrenos pantanosos y llenos de matorrales y cercados por muchos brazos del Elster, y hay que cruzar la larga serie de puentes echados sobre estos diversos brazos para llegar á la ciudad misma. Llenos se encontraban los bosquecillos comarcas de tiradores; una fuerte artillería, apoyada por la infantería prusiana, ocupaba la aldea de Lindenau, situada á la entrada de los puentes del Elster. Después de forzar el general Maisón á los tiradores enemigos á replegarse, y de poner parte de su artillería en batería, trasladóse á la aldea de Leutsh, á la izquierda de Lindenau, y con cañones y una columna de infantería abrió sobre este punto un fuego de flanco. En seguida lanzó al primer brazo del Elster un batallón, que tras de vadearlo debía coger de revés á los prusianos encargados de defender la cabeza de los puentes. Terminada esta operación, formó una columna de ataque, y dirigiéndola personalmente, aco-

metió á las tropas encargadas de la defensa de Lindenau á la bayoneta. Tras de una defensa denodada, viéndose los prusianos amenazados de ser cogidos de revés por la columna que había entrado en las aguas del Elster, evacuaron el primer puente, no sin prenderle fuego, y siguiólos Maisón á la cabeza de su infantería. Napoleón contempló algunos instantes con su anteojo este ataque tan perfectamente dirigido, vió penetrar á sus tropas dentro de Leipsick confundidas con los prusianos, y á los numerosos habitantes de esta ciudad subidos á los tejados de sus casas, para saber cuál sería su suerte.

Mientras con un tiempo delicioso de mayo contemplaba esta escena, semejante á tantas otras que habían llenado su vida, de pronto retumbó un cañoneo sobre su derecha, cabalmente á la parte de Kaja, donde había dejado al cuerpo de Ney alerta. No podía ser sorprendido ni desconcertado su espíritu, que había calculado todas las eventualidades de esta vasta maniobra. Algunos instantes estuvo atento á este cañoneo, que se fué aumentando, y al poco tiempo vino á ser terrible. «Mientras íbamos á rebasarlos, dijo Napoleón, ellos aspiran á hacerlo con nosotros; nada importa, prevenidos nos hallarán dondequiera.» Inmediatamente despachó á Ney al galope, le previno que se estableciera en las cinco aldeas y se mantuviese allí como una roca, lo cual era posible, pues tenía cuarenta y ocho mil hombres é iba á ser socorrido por fuerzas considerables á derecha é izquierda y á la espalda. Luego, con la celeridad de un espíritu preparado á todo, dispuso el completo trastorno de su orden de marcha, cosa tan difícil de prescribir á tiempo y de ejecutar puntualmente, sobre todo cuando se opera con tan grandes masas. Ante todo recomendó al general Lauristón que no se desprendiera de la ciudad de Leipsick, sino que dejara allí una de sus tres divisiones, y escalonara las otras dos á la espalda, vuelta la cabeza hacia Zwenkau para remontar el Elster hasta este mismo punto y trasladarse á la izquierda de Ney. A Macdonald, cuyas instrucciones consistían en dirigirse á Zwenkau, le previno que desde aquí declinara sobre Eisdorf, pequeña aldea situada á la izquierda de Ney y muy cerca del *Floss-Graben*. Este *Floss-Graben* era el canal de riego que, según hemos dicho, cruzaba la llanura de Lutzen, y por donde nuestras tropas debían haber pasado para encaminarse á Leipsick, mientras el cuerpo de Ney, situado en Kaja, se quedaba de este lado y tenía allí el apoyo de su izquierda. Macdonald debía remontar el *Floss-Graben* hasta Eisdorf y Kitzen, y de este modo se debía hallar en aptitud de flanquear la izquierda de Ney y aun de rebasar al enemigo procedente de Zwenkau. Dejando el príncipe Eugenio á Lauristón en Leipsick, debía sostener á Macdonald con el resto de sus tropas. Tales fueron las disposiciones á la izquierda de Ney. Habiéndose quedado Marmont á las orillas del Rippach detrás de Lutzen, se encontraba á la sazón en marcha. Napoleón le ordenó que se situara á la derecha del cuerpo de Ney en Starsiedel, una de las cinco aldeas de cuya custodia se hallaba éste encargado. El general Bertrand, que estaba todavía más lejos, tuvo orden de desembocar sobre las mismas espaldas del enemigo, enlazándose con Marmont. Así Ney iba á ser flanqueado á derecha é izquierda por cuerpos que debían no sólo darle apoyo, sino también doblarse hacia

los dos flancos del enemigo. Finalmente, para que no se le rompiera por el centro, dispuso Napoleón que toda su guardia retrocediera, y dirigióla por el camino de Lutzen á Kaja. Llevaba á Ney el socorro de diez y ocho mil hombres de infantería, que á la sazón no debía ser una tropa de parada, sino una vigorosa tropa de combate, arrojando á semejanza de su emperador todos los peligros de una campaña donde se trataba de restablecer á toda costa el prestigio de nuestras armas. Para llegar al fuego necesitaban dos horas los unos y tres los otros; pero, como no eran más que las once de la mañana, todos tenían tiempo de concurrir á esta gran batalla, y al restablecimiento de nuestro poderío quebrantado. Concebido y prescrito tan prontamente este vasto trastorno de su orden de marcha, arrancó Napoleón al galope, cruzando por entre las columnas de su guardia que retrocedían al campo de batalla, que habíamos esperado encontrar delante de nosotros, y que íbamos á buscar forzosamente sobre la derecha y á la espalda. No había cesado de crecer en viveza y en extensión el cañoneo. Llenaba los aires su estampido, y todo anunciaba una de las jornadas más memorables de esta era de sangre y de heroísmo.

Véase lo acontecido á la parte del contrario, y lo que produjo en Kaja el encuentro esperado por Napoleón más allá de Leipsick. A la noticia de los dos combates que el general Wintzingerode había dado con su caballería, delante y detrás de Weissenfels, el 20 de abril y el 1.º de mayo, acabaron de comprender los coligados que, cesando Napoleón de bajar el Saale para unirse al virrey, acababa de pasarlo con el fin de marchar del Saale al Elster, de cruzar este último río en seguida, y de cogerlos de flanco. Puesto que se anhelaba la batalla, se iba á cumplir el deseo, y en la llanura de Lutzen, donde la hermosa caballería de los aliados debía gozar todas sus ventajas contra una joven infantería que apenas contaba algunos escuadrones para servir de exploradores. Llamado fué el general Wittgenstein, que reemplazaba á Kutusoff, á quien se suponía ausente y no muerto, por contemplaciones al espíritu supersticioso del soldado ruso, y su jefe de estado mayor Diebitch dió en su nombre el plan de la batalla. Propuesto había que se aprovechara el movimiento de flanco que Napoleón ejecutaba á fin de cogerle del propio modo, y atacarle hacia Lutzen, esto es, hacia Kaja, donde no se descubrían más que simples destacamentos, acometerle en masa, y ya tomadas estas posiciones, echarle encima los veinticinco mil hombres de caballería aliada, y arrojar á la infantería francesa, si se desordenaba de resultados del repentino ataque, á los terrenos pantanosos, que se extienden desde Leipsick á Merseburgo, punto de reunión del Saale y el Elster: si se lograba el intento, se hacía sufrir á Napoleón un verdadero desastre. Lo que es el plan estaba ingeniosamente concebido, y obtuvo el asentimiento de los dos soberanos, y el fogoso Blücher, que á cualquier precio pedía una próxima batalla. Pero no basta idear un plan, es menester ejecutarlo; y tiene pocas probabilidades de ejecución venturosa un plan, por excelente que sea, si viene de abajo en lugar de venir de arriba. Aquí se necesitaba que las órdenes subiesen de Diebitch á Wittgenstein, de Wittgenstein á Alejandro y á Federico Guillermo, para volver á bajar en seguida á sus generales, y estos eran muchos rodeos

para hacer que obraran cien mil hombres entre las once de la mañana y las seis de la tarde. Sin embargo, como estaban muy cerca unos de otros, como se aplicaban á la obra común por extremo, y como los sentimientos mezquinos, obstáculo habitual de las grandes cosas, tenían poca parte en las resoluciones de cada uno, fueron menores los tropiezos de lo que debía esperarse de semejante organización de mando, y el 1.º de mayo por la noche se puso todo en movimiento hacia el objeto indicado.

Se convino en que durante la noche del 1.º al 2 de mayo pasarían el Elster los que venían de Leipsick y de Rotha por Zwenkau, y por Pegau los procedentes de Borna; en que en seguida se cruzaría el *Floss-Graben*, yendo á caer por un movimiento de conversión sobre las cinco aldeas situadas á la derecha de Lutzen, donde sólo se habían descubierto algunos vivaques, y en que allí se precipitarían todos sobre el ejército francés en masa, estando pronta la caballería á cargar al galope, cuando la infantería se hubiese apoderado de las aldeas.

Toda la noche se pasó en estas maniobras. Viniendo Wittgenstein y York de Leipsick con veinticuatro mil hombres cruzaron el Elster por Zwenkau, y encontraron allí á Blücher que lo atravesaba con sus veinticinco mil combatientes, lo cual produjo cierta confusión y algún retraso. Por Pegau cruzaron el Elster los diez y ocho mil hombres, de que constaban las guardias y las reservas llevadas por el emperador Alejandro, y todos juntos fueron á alinearse sobre el terreno reconocido por la caballería del general Wintzingerode, hacia el flanco del ejército francés paralelamente al camino de Lutzen á Leipsick.

Esta caballería era fuerte de doce á trece mil hombres. Con doce mil soldados estaba Miloradowitch más allá del Elster y á lo largo de las montañas donde al principio se supuso que Napoleón podría presentarse. Una masa componían todos de cerca de noventa y dos mil hombres, de superior calidad, animados los más de un ardoroso patriotismo, y especialmente los prusianos. Tiempo habían requerido los movimientos que se les habían ordenado. Aún desfilaron á las diez de la mañana, y se aplaudían al ver el ejército francés en marcha sobre Leipsick, con la esperanza de sorprenderle. Por lo que hace al cuerpo de Ney, sumido en las aldeas dichas, no dejaba descubrir más que algunas hogueras, sin otra apariencia que la de destacamentos situados por precaución en aquel punto. Abandonando Alejandro y Federico Guillermo el mando á Wittgenstein que apenas lo ejercía, dado que otro pensaba en su nombre, recorrían á caballo las filas de sus tropas, recibían sus aclamaciones, y de esta suerte contribuían á una pérdida de tiempo ya harto grande.

Después de cruzar los coligados el *Floss-Graben* por más arriba de nosotros para trasladarse á Lutzen, ínterin nosotros lo habíamos cruzado más abajo y en sentido opuesto para trasladarnos á Leipsick, apoyaban su derecha en el *Floss-Graben*, su izquierda en la cuenca del Rippach, y tenían enfrente las cinco aldeas, que iban á ser violentamente disputadas. Primeramente se presentaba ante sus ojos la aldea de Gross Gorchen; después venía la de Rahna sobre su izquierda, y la de Klein Gorschen sobre su derecha. Aun siendo aquella



una llanura, estas tres aldeas se hallaban en el fondo de una depresión de terreno muy poco sensible, donde se juntan varios arroyos con árboles á sus orillas, que forman balsas para uso del ganado, y llevan al *Floss-Graben* sus aguas. Desde el punto donde se hallaban los coligados descubrían distintamente estas tres aldeas de Gross-Gorschen en primera línea, y de Rahna y de Klein-Gorschen en segunda: luego extendiendo la vista á mayor distancia divisaban cómo volvía á subir gradualmente el terreno, y cómo asomaba encima la aldea de Kaja á la derecha y contra el *Floss Graben*, la aldea de Starsiedel á la izquierda y cerca del Rippach, y por último y mucho más lejos el puntiagudo campanario de Lutzen y el camino de Leipsick.

Acordóse que desde luego atacara Blücher las tres primeras aldeas; que Wittgenstein y York le dieran apoyo: que Wintzingerode, situado á la izquierda con su caballería, estuviera pronto á caer sobre los franceses así que se les considerara trastornados; y finalmente, que la guardia y las reservas rusas de infantería y caballería, alineadas á la derecha, se hallaran apercibidas á ir en ayuda de los que flaquearan en el combate. No se desesperaba de ver llegar á Miloradowitch á tiempo de tomar parte en la batalla. Sin su concurrencia se contaban ochenta mil hombres bien concentrados y perfectamente resueltos.

Después de dar una hora de descanso á las tropas, los prusianos de Blücher atacaron antes que nadie, á la vista de los dos soberanos, que, situados á alguna distancia y sobre una ligera cumbre, podían presenciar los actos de adhesión de sus soldados. A eso de mediodía Blücher, asistente á todos los ataques á pesar de sus sesenta y dos años, y digno adversario del mariscal Ney, contra quien iba á pelear en esta jornada, avanzó á la cabeza de la división de Kleist sobre Gross-Gorschen. Advertida por estos largos preparativos la división Souham del cuerpo de Ney, tuvo tiempo de ponerse sobre las armas. Con artillería se hallaban fuera de la aldea cuatro batallones. Precedido Blücher por tres baterías, hizo sobre los cuatro batallones de la división Souham un fuego violento y bien dirigido. Buen continente mostraron aquellos reclutas, pero desmontados dos ó tres piezas suyas, y acometidos por la infantería de Kleist con vigor extremado, fueron repelidos á Gross-Gorschen, después desbordados á derecha é izquierda, y arrollados sobre Rahna y Klein-Gorschen, segunda posición de ellos. Vivo gozo sintióse encima de la cumbre desde donde Alejandro y Federico Guillermo observaban la batalla, y en todos los corazones surgió la esperanza de una gran victoria. A la izquierda de esta calorosísima acción y enfrente de Starsiedel, aproximóse Wintzingerode con sus tropas de á caballo á las aldeas atacadas, á fin de rebasarlas y de aprovechar la ocasión de una carga decisiva. Pero apenas empezaba el combate, y durante el día podían alterar su faz muchas vicisitudes.

No era fácil desalojar á los soldados de Souham, que se habían refugiado en Klein-Gorschen y Rahna. Numerosos medios de resistencia ofrecían los fosos, las tapias, las balsas que se hallaban entre estas aldeas. Fuerte la división de Souham de doce mil hombres, y toda junta bajo su veterano general, que unía á una rara intrepidez una experiencia de veinte años, se de-

fendía con denuedo. Por desgracia la división de Girard, que estaba algo á la derecha en dirección de Starsiedel, no esperando tal acometida, aún se hallaba en el desorden del vivaque, y el envío de sus caballos al forraje condenaba á su artillería á una inmovilidad completa. Así Souham podía ser rebasado por esta parte. Pero habiendo cruzado el mariscal Marmont el Rippach en este momento, desembocaba en Starsiedel enfrente de Wintzingerode. Marchando este mariscal con un brazo vendado á la cabeza de sus tropas, alineó á un lado á la división de Bonnet, á otro á la de Compans, y dispuso á ambas en muchos cuadros, de modo de cubrir la derecha de Souham y de proteger la formación de la división de Girard. No atreviéndose Wintzingerode á acometer á estos infantes, que parecían sólidos á semejanza de murallas, acribillólos á balazos sin conmovellos. Al abrigo de este apoyo se formó la división de Girard y fué á establecerse á la derecha de Souham, sobre la prolongación de Rahna y de Klein-Gorschen.

Ante espectáculo semejante Blücher y los dos soberanos echaron de ver que el ejército francés se había sorprendido menos de lo que se había esperado, y que no sería tarea tan obvia quitarle estas aldeas en las que aparecía establecido tan fuertemente. No conociendo obstáculos, abrigando en el corazón además de su valor todas las pasiones germánicas, se apoderó Blücher de su división segunda, la de Ziethen, y llevóla con tanta energía sobre Klein-Gorschen y Rahna, adonde se había transferido la lucha, que logró romper las divisiones de Souham y de Girard. Cuerpo á cuerpo se batieron en los jardines y las anchas plazas de ambas aldeas, y al cabo, animados los prusianos de cierta especie de rabia, expulsaron á nuestros reclutas y repelieronlos hacia Kaja de un lado y hacia Starsiedel de otro. Pero no era fácil de tomar la aldea de Kaja, y la de Starsiedel estaba cubierta por los cuadros de las divisiones de Bonnet y Compans. Sin embargo, arrebatado Blücher por su heroico ardimiento, avanzaba resuelto á superar los obstáculos todos, cuando sobrevinieron nuevas fuerzas de nuestro lado.

Este era el momento en que el mariscal Ney, despachado por Napoleón, llegaba de Leipsick al galope, trayendo á paso de carrera á aquellas de sus divisiones que estaban detrás de Kaja. Al cabo iba á encontrar Blücher una energía capaz de contener la suya. Al paso hizo Ney empuñar las armas á las divisiones aún no empeñadas en el lance. A la de Marchand, compuesta de alemanes de los pequeños príncipes, dirigióla más allá del *Floss-Graben*, sobre Eisdorf, por el camino que Macdonald seguía para rebasar al enemigo. Ordenado había á la división de Ricard, situada entre Lutzen y Kaja, que se le incorporara lo más pronto posible, y hallando á la de Brennier dentro de Kaja, se puso á su cabeza para marchar en apoyo de Souham y de Girard, rechazados de Klein-Gorschen y de Rahna.

Entonces la acción se sostenía con extremada violencia. A la vista de aquel rostro enérgico de Ney, de ardientes ojos y nariz proeminente, dominando un cuerpo cuadrado de fuerza atlética, recobran confianza nuestros reclutas. Ney los rehace detrás de la división de Brennier, y como invulnerable bajo un continuo fuego de artillería, toma todas sus disposiciones para reconquis-

tar las abandonadas aldeas. Efectivamente, se acomete á bayoneta calada, y se encuentra á los prusianos que ya pasaban de ellas y no querían abandonar su conquista.

No obstante, si para los prusianos se trata de restablecer la grandeza de su patria, para nuestros generales, para nuestros oficiales, es cuestión de conservar la grandeza de la nuestra, y transmitiendo á nuestros reclutas el fuego que les anima, los empujan adelante y vuelven á entrar en Klein-Gorschen á un lado y en Rahna á otro. Allí la pelea viene á ser furiosa. Cuerpo á cuerpo se lucha en medio de las ruinas de estas aldeas. Vueltos Souham y Girard á Klein-Gorschen y á Rahna detrás de Brennier, de nuevo establecen allí á sus soldados, que jamás habían visto el fuego, y que asistiendo por vía de estreno á una de las más crueles matanzas de entonces, estaban como embriagados por la pólvora y la novedad del espectáculo. Dueños quedan de ambas aldeas, y rechazan á los prusianos sobre Gross-Gorschen, su primera conquista.

Napoleón llega en esto, recorriendo la fila de los heridos, que, con los miembros mutilados, gritan ¡viva el emperador!, y ve á Ney que se sostiene en el centro, á Eugenio que con Macdonald marcha á la izquierda más allá del *Floss-Graben*, para rebasar al enemigo hacia Eisdorf, y á Marmont, que, formado sobre la derecha en muchos cuadros, se mantiene en Starsiedel. Aún no descubre á Bertrand que se halla lejos, pero cuenta con su llegada, y sabe que la guardia acude á toda prisa. Muéstrase tranquilo y deja que prosiga la batalla.

Pero todavía tiene Blücher la guardia real y las reservas, y no necesitando del beneplácito de nadie para disponer de cuantos son prusianos, se apodera de ellos y los lleva adelante con cierta especie de patriótica furia. A la derecha lanza uno ó dos batallones más allá del *Floss Graben*, para mantener á Eisdorf hacia donde ve marchar una columna de franceses; á la izquierda lanza la guardia real de á caballo sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, formadas en cuadro delante de Starsiedel, y envía á decir á Wintzingerode que apoye este ataque con toda la caballería rusa. Hacia el centro cae con la infantería de la guardia real sobre Klein-Gorschen y Rahna. Este esfuerzo intentado con la resolución de gentes que quieren vencer ó morir, se logró como las resoluciones del heroísmo desesperado. Blücher es herido en un brazo, pero no abandona el campo de batalla, se apodera de nuevo de las aldeas de Klein-Gorschen y de Rahna, y sin tomar aliento marcha sobre Kaja, que logra arrebatarnos por vez primera, mientras su caballería, lanzada sobre las divisiones de Bonnet y de Compans, procura romper sus cuadros. Pero, habituados los marinos de Bonnet á la artillería de grueso calibre, reciben las balas, y luego los asaltos de caballería, sin manifestar el más leve movimiento.

A pesar de todo, Rahna es forzada, abierto del todo queda nuestro centro, y si obrando concertadamente los coligados, envían en apoyo de Blücher el ejército ruso, puede ser la línea de Ney rota, sin que nuestra guardia imperial tenga tiempo de cerrar la brecha. Napoleón en medio del fuego junta á sus reclutas. «¡Jóvenes, les dice, había contado con vosotros para salvar el imperio y os dais á la fuga!» Aún no tiene á la mano á la guardia, que avanza á toda prisa: ya no posee

aquellos ochenta escuadrones de Murat, que tiempos antes lanzaba tan oportunamente sobre los campos de Eylau ó del Moskowa. Pero le queda la división de Ricard, la quinta de Ney, y ordena al conde de Lobau que se ponga á su cabeza para recuperar á Kaja. Lobau conduce contra el enemigo á esta joven infantería, mientras Souham, Girard y Brennier se ocupan en juntar sus soldados. Marcha sobre Kaja y encuentra allí á la guardia prusiana; la acomete á la bayoneta y la repele. Se vuelve á entrar en esta aldea, y se empuja á los prusianos hacia el terreno ligeramente hundido donde se hallan las dos aldeas de Rahna y de Klein-Gorschen. Al mismo tiempo á las órdenes de Ney tornan Souham y Girard á la carga con sus rehechas divisiones, y restablecido el combate, prosigue con la misma violencia. Se fusilan y se ametrallan casi á quemarropa. Como un héroe se porta Girard, aquel jefe que había sufrido una desgraciada sorpresa en Extremadura; á pesar de recibir una herida, continúa en medio del fuego.

De una á otra ala y en el espacio de más de dos leguas se extiende esta escena de carnicería. Después de arrebatarse con sus tres divisiones la aldea de Rappitz á las tropas avanzadas del enemigo, se acerca Macdonald á Eisdorf y á Kitzén, y hace resonar el estampido de sus cañones más allá del *Floss Graben*. Hacia el lado opuesto desemboca Bertrand por más allá de la posición de Marmont, y sobre nuestra derecha se descubre á lo lejos su división primera, la de Morand, aproximándose en muchos cuadros.

Para los coligados esta es la hora de probar el último esfuerzo antes de ser rebasados por todas partes. Hasta el presente sólo Blücher y Wintzingerode se han empeñado en la lucha con cerca de cuarenta mil hombres. Detrás y á la izquierda quedan York y Wittgenstein con diez y ocho mil hombres y además otros tantos de las guardias y las reservas rusas.

Blücher, todo ensangrentado, pide que se le sostenga, y que se descargue un gran golpe sobre el centro, porque sólo por este punto se pueden alcanzar resultados decisivos, empezando á envolver una vasta creciente de fuegos de derecha á izquierda al ejército coligado. No hay que andar en vacilaciones, y se ordena que la segunda línea, la de Wittgenstein y York, marche en apoyo de las tropas de Blücher, ya tan maltratadas. Aún se pudiera obrar de mejor manera, lanzando además de York y Wittgenstein las guardias y las reservas rusas sobre el centro de los franceses, y enviando caballería de Wintzingerode y todas las fuerzas disponibles sobre las divisiones de Marmont sin más apoyo que sus cuadros. Pero, afectando el emperador Alejandro aparecer en todas partes, y no hallándose donde convendría que estuviera, no manda é impide que Wittgenstein lo ejecute, mientras el cuerdo rey de Prusia, que ni siquiera se cuida de parecer valiente, aun siéndolo no se atreve á dar una orden. Sin embargo, la resolución de probar el postrer esfuerzo, tomada bastante confusamente, se pone por obra. Son las seis de la tarde, y aún hay tiempo de romper el centro de los franceses, donde haciéndose Blücher casi destruir, ha destruído casi á las dos divisiones de Ney. A sostener el cuerpo medio aniquilado de Blücher llegan las tropas de Wittgenstein y de York; marchan sobre las inflamadas ruinas de Klein-